



Intersticios Sociales

E-ISSN: 2007-4964

[intersticios.sociales@coljal.edu.mx](mailto:intersticios.sociales@coljal.edu.mx)

El Colegio de Jalisco

México

Rodríguez Aguilar, Onésimo Gerardo; Solano Acuña, Ana Sofía  
Pandillas, violencia y dinámicas socioculturales en la Costa Rica urbana  
Intersticios Sociales, núm. 1, marzo-agosto, 2011, pp. 1-42  
El Colegio de Jalisco  
Zapopan, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=421739489005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

[redalyc.org](http://redalyc.org)

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Resumen del artículo

### **Pandillas, violencia y dinámicas socioculturales en la Costa Rica urbana**

Onésimo Gerardo Rodríguez Aguilar

Ana Sofía Solano Acuña

El presente artículo expone parte de los resultados del estudio “Niñez y juventud en violencia armada organizada. Bajo el límpido azul de tu cielo: Desentrañando los conflictos de los jóvenes pandilleros en Costa Rica”, llevado a cabo durante los meses de noviembre y diciembre de 2006 en las comunidades de La Carpio, en la Uruca, y Lomas del Río, en Pavas, en la provincia de San José. Dicho proceso fue facilitado por FESPAD a través de Defensa de Niñas y Niños Internacional (DNI).

Así, se exponen como tópicos generales acercamientos de orden teórico al problema de la violencia juvenil y la respuesta cultural de las pandillas; seguidamente se hace una aproximación a la problemática de la juventud (y de las sociedades en general) en el ámbito centroamericano con la finalidad de contextualizar el problema de estudio. Finalmente, se concluye con un resumen de las características culturales y sociales de las pandillas<sup>1</sup>.

#### **Abstract**

The present article exposes part of the results of research of the study “Childhood and youth in armed violence organized. Under your limpid blue sky: Unravelling the conflicts of the young gang members in Costa Rica”, carried out during the months of November and December of the 2006 in the communities of La Carpio in La Uruca and Lomas de Río in Pavas in the province of San José. This process was facilitated by FESPAD through Defensa de Niñas y Niños Internacional (DNI).

In this space they are exposed, like general topics, approaches of theoretical order to the problem of the youthful violence and the cultural answer of the gangs, next is made an approach to the problematic of youth (and why

#### **Palabras clave:**

juventud, violencia, pandillas, barrio, pobreza.

1 Por razones de espacio, en este artículo, se expondrán únicamente los resultados o conclusiones de la investigación con breves menciones de otros apartados que los investigadores consideraron como apropiados para su inclusión. Para más detalles el lector o lectora puede acudir a la versión completa de la investigación la cual se encuentra en las oficinas de DNI Costa Rica ([www.dnicostarica.org](http://www.dnicostarica.org)).

#### **Keywords:**

youth, violence, gangs, neighbourhood, poverty.

not of the societies in general) at Central American level with the purpose of exemplify the study problem. As it closes becomes a summary of the cultural and social characteristics of the gangs.

Onésimo Gerardo Rodríguez Aguilar

Universidad Nacional de Costa Rica

Ana Sofía Solano Acuña

Universidad Nacional de Costa Rica

## Pandillas, violencia y dinámicas socioculturales en la Costa Rica urbana

La violencia se puede entender como una expresión de situaciones estructurales erosionadas que se manifiestan en todos los pueblos del orbe. Todos y cada uno de nosotros somos constructores y reproductores de violencia, es una condición inherente al ser humano.<sup>1</sup>

Las sociedades no pueden sustraerse del elemento conflictivo que las compone. La contradicción es evidente en todos los espacios y, por ende, el conflicto y la disidencia son la norma en las sociedades contemporáneas, aunque es evidente que los pueblos o grupos sociales específicos no pueden definirse desde una determinante eminentemente violenta, como en ocasiones lo hacen parecer diferentes medios de comunicación en con-fabulación con el Estado. Entonces, crear la imagen de localidades, grupos o individuos violentos es más una estrategia de dominación mediática y estatal que un referente estricto de la realidad ciudadana.<sup>2</sup> El temor, el miedo, son herramientas esenciales para reproducir el poder de los gobiernos sobre sus gobernados.<sup>3</sup>

En este sentido, el artículo sirve para alejar algunos demonios muy recurrentes en la percepción social. Uno de ellos es la imagen creada socialmente que tiende a estigmatizar el concepto de pandilla o pandillero. Si bien en estos colectivos juveniles se reproduce una serie de conductas al margen de los sistemas normativos, es sugerente visualizarlos más allá de una premisa delictiva, esto es, llegar al entendimiento de que son asociaciones en donde

- 1 No es intención de los autores “naturalizar” la violencia. Entendemos las causas sociales de la misma, sin embargo, con Freud, entendemos también que existen instintos agresivos en el ser humano que son insoslayables.
- 2 No se deja de lado que existen localidades, grupos o individuos que manifiestan una violencia radicalizada; lo que se quiere dejar claro es que ésta no es la realidad completa de ninguna persona o grupo.
- 3 La violencia existe como condición consustancial a la sociedad. Lo criticable en este “uso” de la violencia que hacen los medios y el Estado es precisamente su instrumentalización, es decir, la creación de ciertas imágenes que apuntan a un uso más recurrente de la misma en el caso de algunos individuos, grupos o pueblos específicos, sin considerar un conjunto de variables socioculturales que determinan y explican la violencia y, peor aún,

responsabilizando a dichos actores por la violencia generalizada de la sociedad.

se manifiesta un alto sentido de pertenencia, grupos de sentido en donde el joven puede construir afinidades, amores, lealtades, tristezas, alegrías, situaciones caóticas, etc. Es decir, son quizá los únicos espacios que estos jóvenes tienen para sentirse adscritos a algo que trasciende el mero individualismo, lugares en donde pueden expresarse y comunicarse lejos de la insidiosa mirada adulta que se encarga, sistemáticamente, de excluirlos. Más allá de la aprehensión denigrante del fenómeno de las pandillas, es trascendental comprender que estos grupos significan los únicos espacios de socialización activa para muchos jóvenes.

Otra de las ideas preconcebidas que este artículo pretende derribar, al menos en el papel, es la visualización de lo joven como irracional o carente de juicio. Esta visión regularmente se plantea desde un perfil adultocéntrico: la juventud concebida desde una postura tal que le resta trascendencia en la esfera social por el mero hecho de ser jóvenes.

Es necesario “entender” a estos sectores de las sociedades lejos de una premisa acusatoria, misma que termina por estigmatizar todo aquello que los jóvenes tocan. Sin embargo, tampoco podemos dejar de lado la complejidad de las situaciones que cotidianamente viven muchos de ellos, no sólo en nuestro país sino en el mundo. Teniendo en cuenta lo anterior y también que las sociedades son deudoras de una tradición violenta, aunque poco evidenciada, en todos los sectores etarios, sociales, culturales, políticos y económicos, este artículo procura esclarecer diferentes situaciones de la dinámica juvenil objetivada en las pandillas.

En este sentido, los objetos a indagar en la investigación sintetizada en este artículo, fueron las dinámicas y lógicas socioculturales vividas y desarrolladas por jóvenes que integran dos pandillas josefinas<sup>4</sup> y la relación de éstos con una serie de actores con los que se vinculan cotidianamente.

Cuando se habla de investigación social es importante tomar en cuenta que se trata de un proceso cuya finalidad es el acercamiento de cada uno de los elementos que conjuntamente permitirán la explicación de una situación específica, a saber en este caso particular, la situación de los jóvenes en pandillas. En esta ocasión, la problemática se abordó desde tres niveles:

4 Es decir que operan en San José, ciudad capital de Costa Rica.

Estado, pandilla y comunidad, con el fin de reconstruir la realidad vivencial y cotidiana de diferentes contextos, en los cuales interactúan los jóvenes pertenecientes a este tipo de asociaciones.

Se propuso una estrategia de trabajo en la cual, primero, se lograra la reconstrucción de las condiciones estructurales que rodean a la juventud en general, a la nacional y a aquella que se inserta en pandillas. Y, segundo, se procediera a la articulación de los discursos de los distintos actores involucrados en los tres niveles descritos anteriormente, para lograr una aproximación integral a la situación de los jóvenes que conforman estos grupos.

Las zonas seleccionadas para la realización del trabajo de campo fueron La Carpio, ciudadela ubicada en La Uruca, y Lomas del Río en Pavas. Los dos son poblados urbano-populares del occidente capitalino que presentan ciertas características culturales, sociales y económicas que propician la aparición de estas agrupaciones. Esto no sugiere, de ninguna manera, que situaciones como la pobreza y la exclusión observables en espacios sociales como los estudiados, sean los únicos asideros para la conformación de pandillas; sin embargo, es necesario resaltar la relación existente entre condiciones socioeconómicas desventajosas y la conformación de estas agrupaciones. Hacemos la salvedad para que el lector no interprete nuestras apreciaciones como un determinismo socioeconómico que resultaría nefasto para cualquier interpretación de las relaciones sociales en general.

El abordaje metodológico de la investigación siguió una línea cualitativa, en la cual, mediante un trabajo de campo de corte etnográfico se intentó reconstruir la realidad de la población juvenil perteneciente a grupos pandilleros; de esta manera, se ubicó y entrevistó a jóvenes pertenecientes a pandillas de las zonas antes mencionadas. Además, se entrevistó a muchos ex pandilleros quienes expusieron la perspectiva de quien conoce la dinámica desde un “adentro” histórico y un “afuera” actual (respetando, claro está, las imposibilidades de aprehensión temporal que enfrenta cualquier investigación social); se entrevistó también a residentes adultos de La

Carpio y Lomas del Río, así como a referentes institucionales locales, como policías, pastores, maestros de escuelas y profesores de colegios, vecinos de lugares aledaños a las zonas de estudio. En los centros educativos visitados, además de las entrevistas con profesores y maestros, se realizaron debates grupales con jóvenes residentes de La Carpio y Lomas del Río. Además, se pudo conversar con población reclusa, específicamente en el Centro Adulto Joven ubicado en el Centro Penitenciario La Reforma, y del Centro Juvenil Zurquí enclavado en San Isidro de Heredia. En estos lugares, se entrevistó también a personeros de dichas instituciones penales.

Para la investigación, se tuvo la oportunidad de obtener la perspectiva de los jueces que siguen los casos de menores con procesos judiciales en el sistema de justicia costarricense. De esta manera, se entrevistó a la coordinadora del Juzgado Penal Juvenil de San José, así como a uno de los jueces de Ejecución de Pena; finalmente, se conversó con uno de los trabajadores sociales del Poder Judicial, que atiende casos en los que se ve involucrada población juvenil. Por último, se entrevistó a un alto jerarca del Ministerio de Justicia.

Aunado a este esfuerzo etnográfico, se recolectaron un conjunto de datos gruesos o estadísticos acerca de actividades policiales y armas, así como respecto de la situación general de la región y del país en materia de violencia y juventud. También se hizo una revisión exhaustiva de las noticias relacionadas con juventud y violencia, aparecidas durante los últimos cuatro años en uno de los diarios de mayor circulación nacional, *La Nación*. Este conjunto de datos sirvieron, en primer lugar, para contextualizar nuestro objeto de estudio y, en segundo lugar, para comprender y analizar las visiones mediáticas, y consecuentemente públicas, que se vierten sobre la temática de las pandillas y la violencia.<sup>5</sup>

La idea general de la investigación resumida en este artículo fue proyectar una imagen de la realidad en la que cotidianamente se desenvuelven estos jóvenes, el mundo simbólico y tangible al cual profesan arraigo y pertenencia. La intención es que se pueda reflexionar sobre las condiciones que dicta ese ser pandillero, esa forma de vida.

5 No todos los datos ni los testimonios de los actores abordados para la investigación original, fueron tomados en cuenta en el presente artículo; sin embargo, es importante hacer la mención del contacto con ellos para dejar constancia de la riqueza del dato polifónico que este artículo, y la investigación de la cual procede, recogen.

## Aspectos teóricos para acercarse a la comprensión de la realidad juvenil

A continuación se expondrán brevemente algunas premisas teóricas. La finalidad de esta disertación es aproximarse a ciertas concepciones actuales sobre la temática de las dinámicas juveniles. Posteriormente, el lector podrá encontrar una sucinta discusión sobre el término pandilla, para terminar con algunas ideas en torno a lo que los autores entendemos por violencia.

### *La juventud: derribando mitos del imaginario social*

Las aproximaciones sociales cotidianas relacionadas con la condición de “juventud” ostentan nociones excluyentes que imposibilitan el entendimiento de la misma en forma dinámica y diacrónica. En primer lugar, se tiende a observar lo juvenil desde una posición que narra metáforas de lo inacabado, lo exacerbado o lo excesivo; por ello, lo juvenil deviene en carencia de razón y falta de discernimiento que tienen que ser “controlados”<sup>6</sup> por el referente institucionalizado y “racional”: lo adulto.

Por otro lado, lo juvenil es observado como un conjunto homogéneo de rasgos, experiencias, vicisitudes y como una especie de tránsito al más allá, a la tierra prometida, al mundo de la adultez. Sin embargo, los jóvenes personifican cualidades que trascienden una monocalificación, esto es, el término juventud no puede ser tratado homogéneamente; de hecho, más que “juventud” tendríamos que hablar de “juventudes”.

Lo anterior se refiere a la inagotable gama de situaciones que explican los contextos socioculturales en los que operan los jóvenes. En otras palabras, existen, para tomar tan sólo un ejemplo, jóvenes de barrios urbanos populares que se encuentran lejos de operacionalizar las dinámicas juveniles que viven los jóvenes de una clase social alta, ubicados, geográficamente, en barrios de alcurnia. Este panorama no se reduce a una condición eminentemente clasista, aunque esto sí comporta una diferenciación importante en esas “juventudes”, sino que habría que referirse también a elementos étnicos, religiosos, musicales, culturales, sociales, deportivos, entre otros.

- 6 Esta cualificación, en evidencia represora, en la práctica se materializa en acciones que radicalizan el sentido de represión, por ejemplo, el aniquilamiento físico, psicológico o emocional.



7 Onésimo Rodríguez. "Entre cánticos y graderías: la construcción de un colectivo juvenil del ámbito futbolístico en Costa Rica. El caso de la Ultra Morada". San José: Universidad de Costa Rica, 2006 (tesis), p. 14.

Los y las jóvenes ofrecen un panorama sumamente versátil que no se limita a una simple categorización de la condición juvenil. El espejo ante el cual se miran, las muchachas y los muchachos, remite a una variedad inconmensurable de contenidos, prácticas y vicisitudes cotidianas que trasciende al mero concepto, lo rebasa. La condición juvenil es ilimitada y no se construye bajo moldes tradicionalistas; no se le puede ver desde un radicalismo adulto; no se le puede ver desde "arriba".<sup>7</sup>

De esta manera, los jóvenes integran agrupaciones o colectivos sociales adscritos a algunos de estos elementos (música, etnia, deporte, clase, etc.) que reflejan una posición contrapuesta al "orden" socialmente impuesto. Destacan como ejemplos de esto los colectivos juveniles de ideología anárquica cuyo emblema musical lo materializa el punk, barras futbolísticas en las cuales el objetivo primigenio es el apoyo incondicional al club, pastorales juveniles de las distintas iglesias que pululan en el contexto nacional, pandillas, etc.

Los jóvenes se han autodotado de formas organizativas que actúan hacia el exterior —en sus relaciones con los otros— como formas de protección y seguridad ante un orden que los excluye, que son precisamente el tipo de asociaciones descritas anteriormente, y que, hacia el interior, han venido operando como espacios de pertenencia y adscripción identitaria, a partir de los cuales es posible generar un sentido en común sobre un mundo incierto.<sup>8</sup>

En este sentido, las instituciones que otrora fueran garantes de identificación generalizada, como la iglesia, la familia, la escuela y la nación, poseen un perfil desgastado para las "nuevas" culturas juveniles. Los jóvenes encuentran, cada vez menos, una plena identificación con modelos institucionales que promueven la exclusión del supuesto carácter irracional de lo juvenil; las nuevas generaciones encuentran, en estos espacios instituidos, un reducido campo para desarrollar afinidades, desventuras, dramas cotidianos, éxtasis, amores, desamores, en fin, arraigo y pertenencia.

8 Rossana Reguillo. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma, 2000.

cia. “Los jóvenes resultan impensables en su identidad social, y reducidos a mera transición entre los dos grupos de edad cuya existencia es reconocida socialmente, es decir los niños y los adultos”.<sup>9</sup>

Acostumbrados a definir los componentes de una sociedad desde una mirada que impone estribillos exclusivistas, se imagina a lo joven desde una posición en la que se glorifica el instante, el tiempo inmóvil, lo aletargado, lo inverosímil, dictado por una condición que termina siendo etaria más que socializada. Así, los jóvenes en tanto sujetos sociales constituyen un universo social cambiante y discontinuo cuyas características son resultado de una negociación-tensión entre la categoría sociocultural asignada por la sociedad particular y la actualización subjetiva que individuos concretos llevan a cabo a partir de la interiorización diferenciada de los esquemas de la cultura vigente.<sup>10</sup>

En los intersticios de la convivencia juvenil parece que las alternativas se difuminan. El constante trasiego de desesperanza imposibilita la credibilidad en un sistema agotado que se empeña en la reproducción de roles desgastados. Ese panorama de oscuras posibilidades en el orden de lo formal, deviene en la conformación de grupos de sentido en los que se puedan expresar las carencias y fortalecer las afinidades jamás enunciadas en el mundo adulto, espacios de devoción, cariños, violencias, fraternidades, conjunciones, comprensiones, hermandades, solidaridades, desvelos, celos, “broncas” compartidas, en fin, espacios donde fluya la antítesis de la ausencia, lo inimaginado en otros lugares: la presencia, la notoriedad, la emergencia, la visibilización social.

Esta crítica a la razón adultocéntrica en el trato hacia lo juvenil –jerarquizado y excluyente– implica la emergencia de una postura alternativa en la interrelación jóvenes-adultos. Si lo predominante ha sido el énfasis en el control y la hegemonía de la adultez hacia lo joven, pensando esta condición última como un estado irracional e irreflexivo, sería necesario dar un “par de vueltas de rosca” que permitan visualizar a la juventud desde una postura diferente que dé cuenta de un sujeto activo y políticamente comprometido con su propia existencia: el surgimiento de un paradigma

9 Jesús Martín-Barbero.  
“Jóvenes: des-orden cultura y palimpsestos de identidad”.  
Humberto Cubides (ed.).  
“Viviendo a toda”. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades.  
Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre, 1998, p. 22.

10 Reguillo, op. cit.

ontológico alternativo que ubique a lo juvenil como sujeto, más allá de la valoración “moderna” adulta que lo destierra al espacio social de la inexistencia (no-sujeto).

En seguida, expondremos una breve discusión sobre el concepto de pandilla. No es intención de los autores agotar dicha conceptualización con esta sucinta aproximación; al contrario, lo que se persigue es crear debate alrededor de la temática.

### *Pandillas: espacios juveniles alternativos*

Como parte de la atmósfera de conflicto antes mencionada, las respuestas son múltiples, tanto de parte de los jóvenes como de los “otros” culturales, sean estos familiares, comunales o institucionales. Una de estas respuestas, a la que han recurrido ciertos sectores de la juventud han sido las agrupaciones organizadas, que para el caso de Costa Rica son conocidas como “pandillas”.<sup>11</sup>

Los colectivos conformados por jóvenes, en la mayoría de los casos y más aún cuando éstos muestran cierta contraposición con el mundo de lo formal, son estigmatizados de manera profunda, precisamente por los componentes disímiles de ese contexto social o “mundo de vida”<sup>12</sup> en el cual invariablemente se insertan.

En este sentido, las pandillas son vistas por la sociedad acusadora y eminentemente adulta como lo inapropiado, lo decadente, ese “otro” que calzaría perfecto en la metáfora del infierno utilizada por Sartre, dado que se encuentran profundamente cosificadas. Aplica en este punto la idea encontrada en el *Leviatán* de Hobbes, el *homo homini lupus*: el hombre es el lobo del hombre porque corroe y estigmatiza al objeto cosificado, llegando a confinarlo a los albores de la desesperanza.

Las pandillas, cual objeto de extrema percepción satanizante, emergen como entes desamparados de la aprobación social, detractores del “bien”, de las buenas costumbres patrias y de la inherente condición pacífica de la sociedad costarricense, como si esta condición “pacífica” o “poco beligerante” se viera afectada por la intromisión de ciertos “inadaptados” de la sociedad.

11 Es importante señalar que esta calificación es variable según la percepción popular, es decir, según la aprehensión social, comunal o barrial. Por ejemplo, en Limón, los jóvenes le llaman a la agrupación (fenómeno homólogo al de las pandillas) *ghetto*.

12 Para tomar la designación construida por Husserl para referirse al espacio, sustrato o contexto social, en el cual, de manera ineludible compartimos la experiencia socializante con el resto de personas que pertenecen a esto que pretendemos llamar sociedad. Jürgen Habermas. *Teoría de la acción comunicativa II*. México: Taurus, 2008, retomará este concepto de “mundo de vida” para elaborar distintas aproximaciones desde su propia teoría.

El mito de la Costa Rica libre del flagelo de la violencia, la Costa Rica pacifista, recae, cual espectro, sobre los hombros de estos “chivos expiatorios”, requeridos por la sociedad para divisar y dirigir, hacia un blanco específico, los miedos, los temores.

Reguillo (1998) caracteriza al miedo en la ciudad como “una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida. Como forma de respuesta, se trata del plano de lo individual; sin embargo, la sociedad es la que construye las nociones estandarizadas de riesgo, amenaza y peligro, y genera modos de respuestas estandarizadas, re-actualizando ambos –nociones y modos de respuestas– según los diferentes períodos”.<sup>13</sup>

Con esto no pretendemos realizar una epopeya de las pandillas como agrupaciones juveniles, esto es, reconocemos la característica violenta de estos colectivos y la consecuente inseguridad que ocasiona su accionar. Sin embargo, es importante reconocer que las pandillas, como cualquier asociación, no se agotan en una sola caracterización, no devienen monocausalísticamente, como ya se ha mencionado.

En relación con lo anterior, es importante mencionar la participación del Estado como representante máximo de la “cultura formal” en el surgimiento de las pandillas juveniles. Al respecto señalan Portes y Hoffman:

La emergencia de este fenómeno se da en medio de una complejidad social caracterizada por varios procesos: en primer lugar, el recrudescimiento de las políticas de liberalización comercial, y con ello, el crecimiento de la inequidad en las sociedades latinoamericanas, que viene aparejado con una pérdida de la visión del Estado de Derecho como garante de orden e institucionalidad social.<sup>14</sup>

La escasa organización estatal en materia de políticas favorables para los sectores empobrecidos, no sólo costarricenses sino latinoamericanos, ha

13 Gabriel Kessler. “Inseguridad subjetiva, sociedad y política: aportes para un debate latinoamericano”. Javier Moro (ed.). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para políticas públicas*. Guatemala: INDES, 2006, p. 59.

14 Citados en Mario Zúñiga, 2006 (mimeo), p. 8.

posibilitado la aparición de sectores de población, como las pandillas, que buscan satisfacer las necesidades básicas, mismas les son imposibles de compensar en otros “lugares” debido a la carencia de oportunidades laborales, además de escasez de espacios para el arte, la cultura, el entretenimiento y el esparcimiento, lo cual puede ser un condicionante más para que los jóvenes acudan a la integración de estos grupos.

Las pandillas, según Rodríguez, están conformadas por:

jóvenes pobres, pertenecientes a familias [que suelen ser] desintegradas, que no han podido permanecer en el sistema educativo, carecen de trabajos dignos, y han encontrado en la banda [o pandilla] el principal espacio de socialización y de apoyo mutuo entre pares, tratando de compensar así las carencias y limitaciones en las que crecen, que prácticamente los condenan a ser perdedores casi desde el momento en que nacen.<sup>15</sup>

Son jóvenes inmersos en los umbrales de la exclusión o, como prefieren Duschatzky y Corea, “expulsión social”, pues este concepto precisa la relación entre ese estado de exclusión y lo que lo hizo posible al tiempo que el de exclusión es un producto, el resultado de la no-integración. En este sentido, el expulsado denota, más que un estado determinado, un modo de constitución de lo social.<sup>16</sup>

Las pandillas se caracterizan por un fuerte sentido de identidad hacia su grupo, por el uso intenso de la violencia y por ser un fenómeno dinámico y móvil conformado por una amalgama variable de factores.<sup>17</sup> Poseen también una particular adhesión a su espacio, su territorio, el cual defienden de la incursión de otros pandilleros y, en ocasiones, de otros extraños al barrio, reproduciendo un fenómeno de territorialización que busca perpetuar una identidad regional contenida en distintos signos de contenido simbólico como el graffiti: “La calle, el barrio se constituyen para los jóvenes de las comunidades más pobres en uno de los principales ámbitos, sino el único, de sociabilidad, interacción y esparcimiento, a diferencia de lo que sucede con jóvenes provenientes de otros sectores sociales”.<sup>18</sup>

15 Citado en Gonzalo Saraví. “Violencia y políticas públicas hacia los jóvenes: las pandillas en Nicaragua”. Moro, *op. cit.*, p. 101.

16 Silvia Duschatzky y Cristina Corea. *Chicos banda: los caminos de la subjetividad en los caminos de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós, 2005.

17 José Miguel Cruz y Marlon Carranza. “Pandillas y políticas públicas: el caso de El Salvador” en Moro, *op. cit.*

18 Saraví, *op. cit.*, p. 113.

Estas agrupaciones giran alrededor de aquella premisa caótica e inseparable del orden-desorden, en donde uno es complemento del otro y viceversa.<sup>19</sup> Este elemento del desorden configura una gran carga simbólica que le da a la pandilla ese sentido existencial. Más exactamente, una característica inherente a estos colectivos es el desorden, el caos –como en el todo social– que les da vida, pues, en palabras de Balandier,<sup>20</sup> el desorden se vuelve creador debido a que es en el desorden donde se crean rupturas, avances y en el caso de estas congregaciones, una nueva conciencia, un nuevo orden.<sup>21</sup>

Además, las pandillas designan grupos donde se vive intensamente el éxtasis colectivo; facetas hedónicas que, de alguna manera, sirven de “pegamento” de lo juvenil. En este sentido, la emotividad y los impulsos pasionales,<sup>22</sup> juegan un papel trascendental, funcionando incluso como motor en la dinámica cotidiana de estas agrupaciones. “Lo anteriormente dicho sugiere la formación de una nueva sensibilidad-subjetividad en donde lo hedónico trasciende, donde lo emocional determina la afiliación, es decir, la constante búsqueda de momentos placenteros por parte del joven, un resurgir del ‘mundo de lo pasional’”.<sup>23</sup>

Para Cruz y Carranza,<sup>24</sup> distintas condiciones son propiciadoras de la inclusión de jóvenes en grupos pandilleros, por ejemplo, procesos de exclusión social, cultura de la violencia, crecimiento urbano rápido y desordenado, migración, desorganización comunitaria, presencia de drogas, dinámica de la violencia, familias problemáticas o disfuncionales, amigos y compañeros miembros de pandillas, y las dificultades en la construcción de identidad personal.

Muchos de los jóvenes pertenecientes a pandillas traen consigo una historia de victimización social y familiar. Al ser separados de los centros educativos por ser personas “inadaptadas”, impropias para el sano desenvolvimiento del proceso de enseñanza y aprendizaje, y bajo el dicho popular “el que no sirva que no estorbe”, se castra una de las pocas oportunidades de integración social que tienen los jóvenes en sus vidas. Expulsados de los únicos sistemas contenidos en la percepción adulta y

19 Georges Balandier. *El desorden: la teoría del caos y las ciencias sociales*. Barcelona: Gedisa, 1989.

20 Balandier, *op. cit.*

21 Rodríguez, *op. cit.*

22 Michel Maffesoli. *De la orgía: una aproximación sociológica*. Barcelona: Ariel, 1996.

23 Rodríguez, *op. cit.*

24 Cruz y Carranza, *op. cit.*

formal como formadores de personas, estos jóvenes que ingresan a pandillas están condenados a la calificación de no-persona, de no-humano, una resolución ontológica otorgada por la sociedad, que se vuelve invariable en su postura victimizadora.

Lo anterior no quiere decir que todos los jóvenes cuyas vidas discurran bajo esos condicionamientos, contengan su futuro y camino trazados *a priori*, cual lógica del destino inexorable. La presencia de los elementos que regularmente interfieren en la incorporación de un joven a una pandilla, no implica que todos los jóvenes que poseen vivencias similares terminen formando parte de alguna de ellas. No es un conjuro generalizador: las relaciones sociales tienen vida propia y, en tanto, es imposible establecer senderos insalvables. La idea del ejercicio de esclarecer ciertos condicionantes o tendencias en la filiación pandillera, es constituir un posible y dinámico perfil del joven que decide ingresar a una pandilla.

En este punto, debemos hacer otra aclaración para evitar los tan usados estereotipos sociales: las formas de organización referidas bajo el término “pandillas”, para Costa Rica, difieren en su estructura orgánica de las pandillas –maras– salvadoreñas, hondureñas y guatemaltecas.

El récord delictivo, su menor aparición en los periódicos y la percepción de los ciudadanos,<sup>25</sup> reflejan un menor grado de violencia comparado con las maras. Esto coincide con el hecho de que en Costa Rica las pandillas no están organizadas en esas dos grandes transnacionales de pandillas llamadas “Mara 13”, “Mara Salvatrucha” y “Mara 18”, tan poderosas en Guatemala, Honduras y El Salvador, para cuya supervivencia son vitales (y a la vez estos elementos establecen diferenciación con las pandillas ticas) las deportaciones desde Estados Unidos y la disponibilidad de armas.<sup>26</sup>

Pero además, estas pandillas o maras, como se les conoce en los países centroamericanos mencionados, dan un paso hacia organizaciones más complejas, de jerarquía rígida, que tienden a la decodificación del mundo en términos dicotómicos y absolutos, lo que se traduce en un tipo de territorialidad específica. Significan una opción absoluta y tajante para los jóvenes de sectores populares.<sup>27</sup>

25 Lo cual no implica que dejen de ser vistas con la regular cuota de prejuicio pernicioso sino que, en el imaginario social costarricense, no se maneja una percepción hacia las pandillas locales como la que se maneja dentro de las sociedades del norte centroamericano, a pesar del esfuerzo de los medios masivos de comunicación nacionales por “vender” una imagen inconmensurablemente desfavorable de las pandillas costarricenses.

26 José Luis Rocha. “Violencia y políticas públicas hacia los jóvenes: las pandillas en Nicaragua”. Moro, *op. cit.* A partir de las observaciones desarrolladas durante el trabajo de campo con pandillas costarricenses, podemos decir que existe una relación cercana entre las características observadas por Rocha en Nicaragua y las que se hacen patentes en el ámbito nacional, lo cual nos ayudó a establecer distancias entre el fenómeno vivido en los países del norte centroamericano y Costa Rica.

27 Zúñiga, *op. cit.*

Por otro lado, hay que diferenciar los tipos de colectivos juveniles que pueden emerger en determinado espacio. Se debe tener en cuenta que la manifestación violenta en los colectivos juveniles surge de determinadas condiciones familiares y socioeconómicas en las que se desenvuelven los niños y adolescentes, donde prevalecen el uso de la violencia y la conflictividad. Dichos ambientes pueden dar pie a grupos juveniles que en el peor de los casos, constituyen una molestia social, es decir, grupos de jóvenes que alteran de alguna manera el orden comunitario con la reproducción de comportamientos incómodos para el resto de la ciudadanía, sin llegar a generar delitos o agresiones físicas hacia otras personas.

Estos grupos, a su vez, pueden evolucionar a las llamadas “barras”, las cuales son capaces de cometer delitos menores como robos y participar en procesos de violencia grupal con posibles agresiones físicas. Las barras, a su vez, pueden dar paso a las pandillas juveniles, que cometen delitos de mayor gravedad e impacto social, como homicidios, asaltos a mano armada, violaciones y lesiones. Por último, la ruta de la violencia juvenil colectiva puede llevar a los grupos de crimen organizado, responsables del nivel más intenso crimen y violencia: porque tienen la capacidad de organizar toda la dinámica grupal alrededor de propósitos expresamente criminales, como parte de una economía criminal. Dentro de este grupo se consigna a los entes que controlan las redes de drogas y armas.<sup>28</sup>

28 Zúñiga, *op. cit.*

Respecto de este modelo de la ruta hacia la violencia se deben hacer algunas consideraciones:

[Primero] en la medida en que se avanza en la ruta de la violencia, la intervención de los jóvenes es más reducida, es decir, hay menos jóvenes participando en el crimen organizado que los que participan en las barras o grupos juveniles ... la segunda consideración sobre el modelo en cuestión que, a pesar de su carácter dinámico, no sugiere que una etapa en la ruta va necesariamente a desembocar en la siguiente más grave.<sup>29</sup>

29 Cruz y Carranza, *op. cit.*



Esto es, no todas las barras van a desembocar en pandillas y no todas las pandillas, en crimen organizado, pero, detrás de cada paso en el recrudecimiento del fenómeno de la juventud violenta, se encuentra una serie de factores que favorecen ese tránsito, dado que facilitan la interacción de la violencia juvenil.<sup>30</sup>

Hemos elaborado una breve discusión sobre el fenómeno de las pandillas que nos llevará a considerar la vocación violenta de estas agrupaciones, por tanto, es imprescindible elaborar discursivamente un acercamiento que dé cuenta de esta categoría.

### *Violencia juvenil: retazos de un mundo imposible*

La violencia adquiere una connotación cultural y social más que particularizante. Esto es, la sociedad entera es recreadora de comportamientos violentos. Más aún: no existe sociedad que pueda escapar de este condicionante. El ser humano es por naturaleza agresivo.

La existencia de tales tendencias agresivas, que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo, es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes, imponiendo a la cultura tal despliegue de preceptos. Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración.<sup>31</sup>

31 Sigmund Freud. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza, 2000, pp. 55-56.

En vista de lo anterior, la cultura se ve impregnada de comportamientos violentos, ya que al hombre le resulta difícil renunciar a la satisfacción de tendencias agresivas. La agresividad, que moralistamente ciertos sectores sociales rechazan, resulta ser una conducta instintiva en el ser humano. La violencia en nuestras sociedades, específicamente en Occidente, funciona como un factor de deshumanización. En la medida en que ésta evoluciona o se reproduce, los pueblos o grupos “generadores de violencia” son estereotipados como primitivos, incivilizados o atrasados, dando la impresión de que quien censura la inherente lógica violenta del ser humano es inmune a ella.

Esto no ocurre casualmente: se necesita legitimar un sistema de dominación mediante estrategias discursivas que vean en la discriminación de la conducta del “otro” una herramienta altamente eficaz para reproducir ese dominio.

Existe una evidente propensión de los grupos dominantes –Estado– a perpetuar esa tendencia de dominación, lográndose a partir de la implantación de miedos populares, la constante búsqueda de objetos de miedo en los cuales proyectar el temor social.

A partir de esta tendencia, la clase dominante impone una mampara a los problemas estructurales como la marginalidad, la pobreza y la exclusión, mismos que resultan ser un asidero real de manifestaciones de violencia colectiva.

El Estado (clase dominante) se convierte, de manera paradójica, en el principal proveedor de la “cultura del miedo” que aqueja el diario vivir de sus gobernados. Sin embargo, esta conspiración maquiavélica no se vierte de manera unilateral. Los medios de comunicación masiva en confabulación con la clase gobernante, reproducen mass mediáticamente ese miedo, creando estandartes indeseados de la violencia, los cuales tienen una imagen y vida propia. El miedo se particulariza, dando la impresión de que la violencia posee un único asidero. Esta maniobra de objetivación de una situación socialmente indeseada hace pensar a las personas de un pueblo, región o país, que el fenómeno instrumentalizado para la reproducción del dominio (la violencia/miedo social), no les concierne.<sup>32</sup>

32 Rodríguez, *op. cit.*, p. 30.

Se produce la imagen de una sociedad con ciertos resquicios violentos, dejando al margen la posibilidad de una responsabilidad compartida. La violencia es un fenómeno socialmente construido. Ningún ser humano tiene la capacidad de eludir, siquiera discursivamente, esta propensión.

En este sentido, la violencia forma parte de esa manera de ser juvenil porque significa una nueva forma de socializar sobre la cual los jóvenes construyen su propia subjetividad.<sup>33</sup>

33 Duschatzky y Corea, *op. cit.*

Esta subjetividad no emerge sin que se disponga sobre ella toda una estrategia acusatoria de la cultura dominante que, insidiosa, reclama la carencia de valores y la amoralidad juvenil. El sustrato social en el cual se ubica lo juvenil, deviene en satanizador de la conducta del joven. La forma de ser juvenil, esa que se construye a partir de elementos violentos, es utilizada para materializar fobias que en ocasiones no poseen un respaldo empírico.

34 Martín Hopenhayn. "La juventud latinoamericana en sus tensiones y violencias". Moro, *op. cit.*

Por razones políticas de control social, la espectacularización mediática de la violencia juvenil tiende muchas veces a disociar la imagen respecto de los hechos objetivos. Países con niveles relativamente bajos de violencia y delincuencia igualmente reflejan, en sus encuestas de opinión, una priorización de este tema por encima de la salud o la educación.<sup>34</sup>

Se construyen entonces espectros del miedo, objetos sobre los cuales recaen los temores ciudadanos, "chivos expiatorios" que tienden a ser garantes del mantenimiento del statu quo. Es interesante percatarse de la sensación de tranquilidad que produce en la ciudadanía tener divisados los objetos a los cuales se les debe temer. El ejercicio de proyectar fobias se convierte en una actitud que desmejora la situación de los jóvenes agrupados en colectivos y de las nociones democráticas de una nación:

35 Kessler, *op. cit.*, p. 65.

El temor al crimen permite también pensar cuestiones ligadas a la política. El aumento del temor y, en particular, una retórica mediática que lo promueve, termina por erosionar las bases de las culturas democráticas: por un lado, favorece el consenso de políticas de "mano dura", promueve el uso de armas en la auto-defensa, deslegitima la justicia criminal considerada como "blanda" y puede favorecer la aprobación de la "justicia por mano propia", entre otras.<sup>35</sup>

Es importante apuntar que la violencia juvenil, más que un elemento propicio para la instrumentalización de fobias sociales por parte de distintos acto-

res como el Estado y los medios de comunicación, que tienen por objetivo reproducir la manipulación generalizada de la sociedad y la continuidad del poder hegemónico, es el espejo de la indiferencia, la insatisfacción y, sobre todo, de los procesos excluyentes que viven los sectores jóvenes-populares de nuestro país. Antes de ser portadores de violencia, encarnada no sólo en la utilización de armas, sino también del propio cuerpo,<sup>36</sup> los jóvenes fueron y son víctimas del olvido y del abandono. Exentos de oportunidades, confinados a un mundo de desventajas, son condenados a la miseria y a ser percibidos de una manera inhumana, dictada por quienes se esconden detrás de sus palabras.

En las páginas siguientes desarrollamos una caracterización de las pandillas estudiadas. Es importante acotar que dicha caracterización no deja de ser una ilustración, una fotografía de la realidad pues ésta, como es sabido, es inaprensible.

## Dinámica de las pandillas en dos comunidades de San José, Costa Rica

Llegados a este punto es importante hacer una aclaración: el fenómeno de las pandillas nacionales es distinto del fenómeno de las maras del norte de Centroamérica. Por ejemplo, las maras poseen un referente transnacional y las pandillas costarricenses no. Las maras –Salvatrucha y 18, por ejemplo– ostentan una condición extranacional, lo cual difiere con la regionalidad de los grupos juveniles en Costa Rica.

Podemos decir que las maras son más radicales en sus manifestaciones violentas que las pandillas en Costa Rica, lo cual es entendible si se analizan las estadísticas de la pobreza en Centroamérica.

Los países que componen la región centroamericana del Istmo, Honduras, Nicaragua, Guatemala y El Salvador, son los que presentan mayores índices de hogares en condición de pobreza (74.3; 65.1; 53.5; y 41.5%, respectivamente), lo que significa que prácticamente la mitad de las familias tienen dificultades en la cobertura de necesidades básicas. Costa Rica

36 Entendido éste como un arma potencial con la cual infligir agresiones y, finalmente, dar pie a la violencia.

presenta uno de los índices de pobreza más reducidos en el Istmo, junto con Panamá (alrededor de 18 y 24% respectivamente), lo cual no significa que la situación deje de ser compleja en estos países.

Dicho elemento fue fundamental para el objeto de la investigación resumida en el presente texto, pues alrededor de los niños y jóvenes, principalmente, se crea un círculo de carencias que no se rompe, toda vez que la inversión social y las oportunidades son mínimas o del todo inexistentes.<sup>37</sup>

Entonces, no puede obviarse que la aparición y fortalecimiento de ciertos colectivos juveniles en Costa Rica, con una compleja organización, que en algunos casos está ligada con el narcotráfico u otras formas de violencia organizada, está directamente relacionada con el deterioro de ciertas condiciones estructurales en donde los perjudicados son los niños y jóvenes de ciertos sectores de la geografía nacional. Y son precisamente esas condiciones estructurales las que son invisibles en las políticas y acciones estatales, pues se opta por medidas asistencialistas más que por medidas preventivas.

#### *La Carpio y Lomas del Río: percepción barrial-comunal sobre las pandillas*

Por medio del discurso de los vecinos que conviven con las pandillas diariamente en ambas comunidades, puede observarse cómo hay dos tendencias. Por un lado, aquellos que se molestan con estas manifestaciones y, por el otro, quienes conviven e inclusive “hacen uso” de la pandilla. Dentro de la dinámica convulsa de estas comunidades, es importante señalar que un mismo actor social puede presentar ambas tendencias o percepciones, de acuerdo con la situación que esté enfrentando en ese momento. Por ejemplo, a pesar de considerar que la presencia de las pandillas es negativa para la dinámica de la comunidad y para los mismos jóvenes, estas vecinas consideran que, en algunos momentos, la presencia de la pandilla resulta “beneficiosa”: “(Refiriéndose a si las pandillas ayudan a la comunidad) a veces sí, ‘diay’,<sup>38</sup> si uno tiene algún problema le dice a ellos. ‘Diay’ que tenga yo un problema con un vecino o algo así”;<sup>39</sup> “en mi caso no, pero hay gente que sí, porque les dicen, ‘mira, tengo ley con una vieja, así que anda

37 Pablo Sauma. Pobreza y vulnerabilidad social: mercado de trabajo e inversión social en el Istmo centroamericano a inicios del milenio. México: CEPAL, 2003.

38 Regionalismo costarricense usado de formas múltiples: saludo, preguntar por la razón de algo o, más comúnmente, muletilla.

39 Entrevista con vecina de Lomas del Río. 31 de octubre de 2006.

y...’, ellos lo que hacen es apedrear la casa y ya atemorizan a la persona, he oído casos, ¿verdad?”.<sup>40</sup>

Desde la percepción de los mismos pandilleros, la presencia de estos grupos en las comunidades no es algo positivo:

(Respecto a la opinión de los vecinos sobre la pandilla) ‘diay’ que somos malos, que porque andamos así defendiendo territorio. Que por eso Costa Rica está así, o Nicaragua, que porque va de mal en peor, dicen [...] porque nosotros andamos haciendo el desorden, ¡ya!, no andamos haciendo lo correcto. [¿No es correcto?] Yo digo que no. No deja nada eso.<sup>41</sup>

Es en este punto donde toma sentido la norma tácita incorporada en las pandillas de no atacar a la gente de su barrio:

Yo le “mandé”<sup>42</sup> a un “mae”<sup>43</sup> en la mano. Fue que se metieron al barrio de nosotros y asaltaron a un “mae” ahí y nosotros no permitimos que asalten a la gente de nosotros, la gente del barrio de nosotros, no, jamás, aunque no sea de la pandilla, Dios guarde, porque la gente nos ayuda a nosotros. Cuando llega la policía, la gente nos dice: “ahí viene la policía”, la gente nos cubre, ¿me entiende? Entonces, nosotros tenemos que pagarles con algo el favor, por lo menos a la gente conocida de uno. Claro que hay unos sapazos que uno está deseando que los asalten o que los tiren para arriba,<sup>44</sup> pero no, hay mucha gente “tuanis”,<sup>45</sup> que le dicen a uno, “vea viene la ley”.<sup>46</sup>

Surge entonces una ética de la pandilla: se les debe dar protección a los pobladores del barrio. Esto no sucede de manera gratuita, toda vez que la gente del barrio debe colaborar y confabularse con el *modus operandi* de la pandilla. Existe una dinámica simbiótica: por un lado la pandilla se convierte en “amiga” del barrio, en tanto éste no cometa el “error” de atentar en contra de la seguridad del “negocio” pandillero; es una “amistad” condicionada.

40 Entrevista con vecina de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

41 Entrevista con “José”, pandillero de La Carpio. 24 de octubre de 2006.

42 Acción de disparar en el pasado de la primera persona en singular.

43 Regionalismo costarricense que se utiliza para referirse coloquialmente a alguien. Se asemeja al uso que suele dársele al “güey” en México.

44 Que los golpeen.

45 Regionalismo costarricense que se utiliza para señalar que algo es disfrutable. Semejante al “chido” en México.

46 Entrevista con “Carlos”, pandillero de Lomas del Río. 24 de octubre de 2006.

Sin embargo, en algunas ocasiones, la norma se rompe cuando se amenaza de alguna manera la soberanía de las pandillas desde las comunidades.

47 Entrevista con vecina de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

Había una casa, el hombre de esa casa mató a uno de la pandilla porque ya lo había asaltado varias veces, entonces lo mató [...] vinieron todos los de la pandilla y el hombre se escapó y se fue para Nicaragua y llegaron todos los de la pandilla a la casa y se la apedrearon y le destrozaron la casa, y amenazaron a la esposa y le dijeron que la iban a matar a ella, entonces ella tuvo que "desaparecerse" e hizo un cambio extremo para que no la reconocieran.<sup>47</sup>

El carácter condicionado del pacto tácito entre pandilleros y vecinos del barrio, adquiere matices de transitoriedad, es decir, en el momento en que alguna de las partes quiebra la disposición solidaria, se revierte el pacto y culmina el tiempo de no agresión.

Aun así, su presencia es algo que se ha alojado en las mismas identidades de los barrios y que, a pesar de considerarse nociva, ya pasó a ser parte de la dinámica cultural y relacional de las comunidades, las familias, los géneros, y las edades. Desde esta perspectiva, los enfrentamientos y el miedo se han convertido en parte de la vida diaria de estas comunidades.

48 Idem.

Entre pandillas, por ejemplo, "La Primera", "La Segunda", "La Tercera", Dios guarde se encuentren uno de "La Segunda" con otro de "La Tercera", porque ahí no más [...] ha habido balaceras a las 11 de la mañana, cuando todos los chiquillos van para la escuela, entonces uno lo que tiene que hacer es buscar cómo se mete en la parada, porque ahí mismo se agarran a balazos unos niños de 12 años, y cuando los ve sacando el arma delante de uno, ¿qué tiene que hacer uno? Huir porque a ellos no les importa nada.<sup>48</sup>

A pesar de algunas divergencias en cuanto a por qué los jóvenes ingresan a las pandillas e inician una vida al margen del sistema normativo, los

“otros” culturales consideran que la principal causa es la falta de oportunidades y de patrones de crianza donde se haga hincapié en el respeto a los demás.

Ellos entran a las pandillas porque es el entorno en donde viven ellos, muchos hermanos mayores que ellos están involucrados en las pandillas, entonces viven y crecen en ese entorno de pandillas, si vos estás en las pandillas, tenés que defenderte, podés hacer lo que quieras y tenés a alguien que te defienda [...] en el caso de los varones, se creen los mayores, hemos tenido problemas porque algunos son de “La Cuarta” otros de “La Tercera” y ahí mismo se agarran en la escuela para ver quién es el mejor.<sup>49</sup>

49 Entrevista con guardia de seguridad de la Escuela “Finca La Caja”, La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

Otro elemento que marca la visión de los pobladores acerca de las pandillas juveniles es que son un fenómeno cultural que convoca a los jóvenes varones, y que definitivamente prefigura la relación de éstos con sus familias, pareja y comunidad en general.

[¿Participan mujeres?] Que yo sepa aquí no. Sólo varones. [¿Pero hay niños de diez u 11 años?] El grupo en sí es como de unos 14 [años] para arriba, pero hay niños pequeños que ven, entonces ellos ya están haciendo su grupo, lastimosamente. Ahí en una ocasión había varios tirándose pedradas y yo me paré y los regañé.<sup>50</sup>

50 Entrevista con pastor de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

En relación con las acciones que desarrollan las pandillas, la mayoría de los “otros” culturales consideran que el Estado no ha hecho nada, y plantean además que se debe tener “mano dura” ante ellos. De igual manera, desde la cotidianidad, muchas han sido las estrategias para alejarse de esta realidad de violencia; al respecto una vecina de Rincón Grande de Pavas dice:

Lo que están haciendo las familias de aquí es emigrar de aquí, venden sus casas baratas y se van de aquí para sacar a sus hijos. Más bien huyen antes



51 Entrevista con vecina de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

de hacer algo por el barrio [...] esto ya está muy expandido, en el caso mio ellos no se meten conmigo. Pero en el caso de otra persona, si usted habla, le apedrean su casa, le amenazan a su familia. Entonces ¿qué le queda a uno? Irse. Y empezar de nuevo, tal vez igual o peor, pero eso es jugándosela.<sup>51</sup>

### *Organización y violencia en las pandillas*

En cuanto a su organización interna, las pandillas se componen de niveles jerárquicos. El líder es quien da las órdenes y dichas disposiciones deben de cumplirse. Los niveles inferiores en esa escala jerárquica son los destinados a realizar el trabajo “sucio”, por ejemplo, los que llevan la droga de un lugar a otro, y además, eventualmente, deben culpabilizarse ante las autoridades en lugar de los líderes, si la pandilla es sorprendida cometiendo actos criminales.

Desde el punto de vista conceptual, se puede decir que el fenómeno de la violencia en las pandillas juveniles trasciende la misma conformación asociativa, es decir, la violencia comporta situaciones estructurales que imposibilitan una lectura particularizada. Las pandillas juveniles, más que sujetos de violencia, son sujetos y objetos violentados. No es posible reducir la violencia a grupos o localidades sociales específicas. Esta “reflexión”, más allá de la simpleza que denota, es peligrosa y contraproducente en vista de la estigmatización que ocasiona. Esto no quiere decir que la pandilla esté exenta de situaciones conflictivas o agresivas.

A la vez, es importante reconocer que el concepto “acto violento”, es mucho más amplio que el concepto de “lesión física”, que se vincula con la manifestación física de la violencia. Es decir, socialmente la violencia se relaciona con el mero contacto físico o con la utilización de armas, omitiéndose entonces otros tipos de violencia como la simbólica y la psicológica, y otros tipos de armas, como el mismo cuerpo. En este sentido, las pandillas estudiadas expresan lógicas desafiantes, territoriales y de supremacía, materializadas vía conflictividad con otros grupos de pandillas antagónicas o rivales. El precio por cruzar el territorio del otro es el escarnio físico, la agresión.

## Vida y experiencia del joven pandillero

### *Conformación del "ser" pandillero: más que un escape, una forma de vida*

"Diay", yo tengo como cuatro o cinco años de haber empezado. Tenía como 13 años. Es que mi tío es como el "respetillo" del barrio de nosotros, entonces como uno es familia de él, entonces todo el mundo empezaba como a llamarlo y todas esas cosas. En mi familia nadie sabe, hasta el momento nadie sabe. Mi mamá, si se da cuenta, yo creo que se muere, porque yo soy como los ojos de mi mamá.<sup>52</sup>

52 Entrevista con "Carlos", pandillero de Lomas del Río. 24 de octubre de 2006.

En este caso, la inclusión de este joven a la pandilla fue propiciada desde la misma familia. Parece que el contexto comunal inmediato y, además, el contexto más específico de desenvolvimiento del joven, es decir, el núcleo familiar, funcionaron como "aliados" para la incorporación de "Carlos" al grupo: "Mi papá está en 'Puesto 10' de Alajuela, cumpliendo una condena de 12 años. Mi tío está en San Sebastián pero ya viene para afuera. Mi papá es narcotraficante y traficante internacional de armas".<sup>53</sup>

53 Idem.

Por otro lado, es importante rescatar la edad a la que los jóvenes inician su participación en las pandillas. Con esto no queremos decir que todos los muchachos ingresan a la misma edad que "Carlos"; sin embargo, distintas voces confirman que es incluso más temprano cuando los jóvenes comienzan en estos grupos: "Antes, la mayoría eran grandes, 17, 18, 19, 20 [...] más que todo de 16 hasta 21 y ahora no, ahora hay chamacos de 12, 13 [...] hasta seguir para adelante treinta y resto, veinte y resto [...] antes eran sólo grandes para que tuvieran, como decimos nosotros, mas 'aguante', ahora hay más chamacos".<sup>54</sup>

54 Entrevista con "Juan", ex pandillero de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

Las palabras de "Juan" demuestran el paulatino descenso en la edad de los jóvenes que deciden ingresar a estos colectivos juveniles en zonas urbano-marginales, además de una visión particular del adulto, al definirlo como el sujeto acorde para participar en estas agrupaciones, en vista de

55 Mayor valentía, sin temor.

que tiene “más aguante”.<sup>55</sup> En este sentido, se excluye imaginariamente a lo infantil como potencial sujeto portador de “aguante” o valentía:

Es que ahora entran como para ganar respeto, como para decir “soy tal”, para que la gente le tenga miedo, nosotros no hacíamos eso, nosotros lo hacíamos por “plata”, por negocio [...] Pero los chamacos ahora no andan con las manos vacías, andan armados y por eso son más peligrosos que antes [...] porque nosotros antes teníamos la conciencia de que podíamos dañar a aquel, podíamos dañar a otra persona; estos, los chamacos de ahora, no piensan, nada más jalan el gatillo y no les importa el que pase.<sup>56</sup>

56 Entrevista con “Luis”,  
pandillero de La Carpio.  
2 de noviembre de 2006.

Estos extractos de entrevistas manifiestan, además de la complejidad en el comportamiento de las nuevas generaciones de pandilleros, un componente característico de las pandillas: la condición intimidante. La intención de ésta, según estos ex pandilleros, es mostrarse como una figura imponente, vía agresividad, y ganar respeto a partir del miedo colectivo, infundado bajo una des-conciencia de las implicaciones de dicho comportamiento, como bien lo expresaba “Juan”.

### Las primeras movidas en la pandilla

[Sobre los primeros acercamientos a la pandilla] nosotros salíamos ahí tranquilos y unos muchachos platicaban con nosotros y así fuimos conociendo a uno y a otro y a otro [...]. Después, cuando nos miraban con ellos [los de la pandilla rival], ya agarraban pleito con nosotros y como nosotros no nos dejábamos que nos agarraran, entonces nosotros nos quedábamos tranquilos, corríamos y todo, pero uno tiene que ser tranquilo.<sup>57</sup>

57 Entrevista con “Luis”,  
pandillero de La Carpio.  
2 de noviembre de 2006.

Las primeras acciones del pandillero repercuten en su desenvolvimiento futuro en la agrupación. Parte trascendental del ser pandillero es ser reconocido por pandilleros contrarios. La identidad se construye a partir de la

relación con el otro, el otro es un espejo a través del cual me miro, el otro me interpela y edifica mi propia imagen.

Estas primeras actividades en la pandilla marcan el inicio, la llegada, a una nueva forma de ser, de experimentar la vida:

[Lo primero que hice fue] pelear con la otra barra, con "La Tercera"<sup>58</sup>, porque ellos ya me habían gorreado con otros "maes" y entonces después me llegaron a emocionar todo, "vamos, vamos, vamos a armarle bronca a esa gente". Y eso se da porque tal vez uno no vive en "La Tercera" o vive del otro lado y ya, así comienzan las broncas, y le dicen, "usted es de allá, usted no tiene que venir a hacer nada aquí" y cosas así. Si alguien de "La Tercera" va a "La Segunda", es bronca y si alguien de "La Segunda" va a "La Tercera" también.<sup>59</sup>

Este testimonio refleja la dinámica de territorialidad y conflictividad que viven las pandillas en La Carpio, describe el pasaje entre una vida y otra. Precisamente la primera acción que realiza "José" en la pandilla es "pelear con otra barra", lo que marca la distinción definitiva, el neófito deja ese estado liminal<sup>60</sup> y se reviste con las características del grupo de acogida. La "pelea" marca el inicio de una nueva vida que la pandilla reconocerá como tal, al mismo tiempo que se inicia la rivalidad con el otro, es decir, con la pandilla enemiga.

Al principio, todo me daba miedo, "diay", sí era un niño, ¿verdad? De 13 años, 14, por ahí [...] La primera bronca que se nos armó: sí corté a un "mae" en un brazo, sí me acuerdo y el primer "brete" que hice fue ir a Panamá, yo vivo metido en Panamá, yo estoy con unos "maes" de Panamá también, y un amigo mío me mandó a traer una droga a Panamá y fui y la traje y la dejé aquí en San José, es que aquí se distribuye para todos los barrios del sur o La Carpio.<sup>61</sup>

Los conflictos en las zonas de pandillas marcan la pauta. La constante agresión parece ser una forma de significar a ese ser pandillero, es decir, la violencia juega un papel central en la pandilla. Más aún, alrededor de la

58 En La Carpio existen varias pandillas ubicadas territorialmente en las diferentes "paradas" (zonas de abordaje de los pasajeros que utilizan el servicio público de transporte modalidad bus). De esta manera están las pandillas de "La Primera", "La Segunda" o "Cueva del Sapo", "La Tercera", "La Cuarta" y "Los Ángeles", ubicados estos últimos en la cuarta parada. Según testimonios de informantes entrevistados, "La Cueva del Sapo" está integrada por costarricenses y nicaragüenses, entre tanto "La Tercera" y "La Cuarta", por ejemplo, tienen en sus filas a costarricenses únicamente.

59 Entrevista con "José", pandillero de La Carpio. 24 de octubre de 2006.

60 Victor Turner. *El proceso ritual*. Madrid: Taurus, 1998.

61 Entrevista con "Carlos", ex pandillero de Lomas del Río. 7 de noviembre de 2006.

violencia gravita una novedosa subjetividad, es parte consustancial de la pandilla.

Estábamos platicando con los muchachos esos que son miembros de "La Segunda", y subieron los de "La Tercera", y nosotros miramos que salieron corriendo ellos [la gente de La Segunda], pero se regresaron y cogieron piedras y nos dijeron: "corran porque ustedes no son nada de nosotros, pero no vamos a dejar que los pateen tampoco". En lo que corrimos, se apareció otra gente por detrás, pero más para arriba estaban los de nuestra pandilla, entonces, ahí los agarramos a pedradas y a mí me pegaron un balazo en el pie.<sup>62</sup>

62 Entrevista con "Luis",  
pandillero de La Carpio.  
2 de noviembre de 2006.

Estas situaciones son narradas en tonos anedócticos: batallas épicas que relatan pasajes místicos. La violencia es una forma de vivenciar la cotidianidad en la pandilla, es un elemento hedónico y extático alrededor del cual se crean héroes efímeros, como los jóvenes que salen victoriosos después de un enfrentamiento. Es un elemento paroxístico que se vive al límite de las pulsaciones y las descargas de adrenalina. El sentido de violencia es una de las manifestaciones lúdicas de la pandilla.

### La etnicidad como conflicto en La Carpio

Los medios de comunicación son creadores y reproductores de estereotipos. En este sentido, han dado un tratamiento sensacionalista al tema de la violencia juvenil, y particularmente a espacios culturales y grupos étnicos involucrados. Ejemplo de lo anterior es el tratamiento que se hace de la "nicaragüidad" y los procesos migratorios como elementos reproductores del "problema" de las pandillas en espacios pluriculturales como La Carpio. "En todo lado están vendiendo drogas. Muchos de estos jóvenes son nicaragüenses, de todos los que he conocido si acaso uno es costarricense. Ellos trabajan ocasionalmente o roban para conseguir droga".<sup>63</sup>

63 Entrevista con jueza  
coordinadora del Juzgado Penal  
Juvenil. 12 de octubre de 2006.

Lo curioso de la afirmación anterior es que esa mayoría de la que habla no se evidencia en población recluida en los centros penitenciarios nacionales ya que, como es bien sabido, los penales en Costa Rica están, en su gran mayoría, ocupados por población de nacionalidad costarricense. Lo sugerente es la percepción de lo “nica” como gestor de movimientos perniciosos para la sociedad tica. En este sentido, la dinámica de las pandillas no se aleja, más bien está muy cerca, de la materialización de ese imaginario en contra de lo nicaragüense:

Porque nosotros nos tenemos mucho odio con ellos [con los integrantes de “La Tercera”], es que los que hay aquí en “La Cueva”, la mayoría son nicaragüenses, entonces, empezó todo como en 1980, ellos venían y nos decían que qué veníamos a hacer en este país, que éramos unos muertos de hambre y no sé qué [...] y en “La Tercera” no hay nicaragüenses, sólo ticos [...] aquí la mayoría son nicaragüenses.<sup>64</sup>

64 Entrevista con “Luis”, pandillero de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

El conflicto entre las pandillas de La Carpio parece tener raíces étnicas. Lo nicaragüense ha sido diacrónicamente estigmatizado en nuestro país, tanto por los medios de comunicación como por la clase política, que ha visto en los inmigrantes nicaragüenses el “chivo expiatorio” perfecto para los males estructurales que aquejan a Costa Rica, como la pobreza y la falta de empleo.

No queda más que unirse a la plegaria profesada por este pandillero desde el abismo de la desilusión y la exclusión: “Yo no me pongo así en esas ‘varas’, de que ya porque son ‘nicas’ o porque son tico [...] yo los veo a todos iguales. Ah, todos me caen, ni mal ni bien. Somos personas, cuando venga Dios no va a decir ‘vamos para arriba usted, porque es tico’”.<sup>65</sup>

65 Entrevista con “José”, pandillero de La Carpio. 24 de octubre de 2006.

## Las drogas en el “juego” del ser pandillero y la identidad de la pandilla

Las drogas han pasado a conformar parte importante en el desarrollo de las pandillas; éstas han pasado de la venta al tráfico de sustancias ilícitas. Uno

de los lugares de Costa Rica donde se da la dinámica referida, es decir, el consumo y venta de drogas por parte de pandillas, es Pavas. El sentido de ser pandillero en Pavas es diferente al de La Carpio. En Pavas, el ser pandillero implica litigios territoriales propiciados por la venta y consumo de drogas; en La Carpio, aunque también se da el consumo de drogas en las pandillas, las rivalidades obedecen a una cuestión meramente territorial, provocada por diferencias étnicas entre costarricenses y nicaragüenses.

En el caso del grupo de “La Cueva del Sapo”, pandilla conformada por nicaragüenses y ticos de La Carpio, sus miembros visualizan como “otros” amenazantes a los miembros que conforman las pandillas “La Tercera”, “La Cuarta”, “Los Ángeles” y “Los Sk8”, todas conformadas únicamente por ticos.<sup>66</sup> Estas últimas pandillas se ubican en sectores diferentes, pero cercanos a la segunda parada de La Carpio, es decir, los miembros de una y otra pandilla están separados por escasos 100 metros, los que hay entre una parada y otra. Esa cercanía marca un rango de acción reducido para las pandillas y, a la vez, un constante e inminente roce físico.

Las pandillas en Lomas del Río presentan un dinamismo particular que las aleja de una categorización étnica como en La Carpio; sin embargo, experimentan una serie de dinámicas y manifestaciones que implican una mayor complejización:

La AK se utiliza como para los bajonazos. En mi familia hay dos “maes” que se la tiran sólo en la “vara” de bajar carros a nivel de la capital, Alajuela, Heredia [...] ellos son de los mismos, de la misma pandilla, se la tiran con nosotros [...] y ellos sólo con la AK, es que es el arma así como más rápida y más intimidante. Y si los “maes” de los carros se ponen rejegos, ellos sí les mandan, porque son “maes” que han comido “tabo”<sup>67</sup> y todo.<sup>68</sup>

El tipo de comportamiento reseñado por “Carlos” parece trascender el concepto de pandilla. Lo referido en los diferentes testimonios de “Carlos” sugiere una composición distinta al modelo de pandilla presente en La Carpio y que quizás lo desborda:

66 Según información obtenida con uno de los pandilleros de “La Cueva del Sapo”, mediante conversación informal.

67 Cárcel.

68 Entrevista con “Carlos”, pandillero de Lomas del Río. 24 de octubre de 2006.

Finalmente, la ruta de la violencia juvenil colectiva puede llevar a los grupos de crimen organizado, los cuales son responsables del más intenso crimen y violencia. Ya no sólo son capaces de cometer delitos muy graves como los homicidios y las violaciones, sino que además tienen la capacidad de organizar toda la dinámica grupal en torno a los propósitos expresamente criminales como parte de una economía criminal.<sup>69</sup>

69 Cruz y Carranza, *op. cit.*, p. 145.

Otro componente interesante y diferenciador es la economía de las pandillas. La economía de la pandilla de Lomas del Río se basa en la venta de drogas. Entre tanto, la situación en La Carpio es distinta: de estos jóvenes, algunos prefieren trabajar con lo cual logran dar manutención a sus necesidades.

Un elemento sugerente y común a los grupos de La Carpio y Pava que fueron objeto de estudio, es su conformación eminentemente masculina. En este sentido, estas pandillas responden a roles masculinizados, es decir, lógicas de dominación y constatación de la hombría basadas en la condición no temerosa de sus integrantes y la utilización de la mujer como medio para lograr ese estado de masculinidad y control. “Otra vez si le mandé a un ‘mae’, pero eso fue por otra bronca, el ‘mae’ quedó renco y todo [...] es que el ‘mae’ le estaba diciendo ‘varas’ a mi novia y la ‘vara’ y así no es ¿ya? Me estaba viendo la cara de ‘playo’<sup>70</sup> y tuve que tirarle”.<sup>71</sup>

70 En Costa Rica ésta es la acepción popular de homosexual.

71 Entrevista con “Carlos”, ex pandillero de Lomas del Río. 7 de noviembre de 2006.

En este caso se muestra cierta construcción de la masculinidad a partir de la agresión física, lo cual está ligado a una visión machista y xenofóbica de la realidad: el agravio, “Carlos” lo resolvió vía agresión. La masculinidad se resuelve más que en la protección del “objeto femenino”, en la salvaguarda de la posición de “hombre”; la mujer, en este caso, funciona como pareja y como objeto redentor de lo masculino ante el insulto ocasionado por un tercero que ubicó a “Carlos” en una posición de no-macho, de “no-hombre” (“playo”).



Otro elemento interesante en la conformación y estructuración de las pandillas estudiadas es que los integrantes, si bien pueden abandonar la agrupación sin una obstaculización material por parte de la pandilla, es decir, sin que intervengan medidas coercitivas físicas provenientes de los otros miembros, ven truncada la posibilidad de “salida” del grupo porque los conflictos con otras pandillas, a pesar del desligue, siguen vigentes. Dicho en otros términos: aunque el sujeto abandone la agrupación, los conflictos con pandillas antagónicas, surgidos antes de la decisión de separarse de la pandilla propia, permanecen. Esto implica para Rocha<sup>72</sup> la emergencia de “cárceles culturales”, esto es, una cárcel más allá de los barrotes objetivables de las instituciones penales. Sin embargo, esta cárcel cultural pareciera más una especie de encarcelamiento cultural, ya que resulta una obstaculización simbólica más que material.

A raíz de todo lo expuesto precedentemente, podemos llegar a la conclusión de que la pandilla deviene en forma de vida para los jóvenes que la integran. Estas agrupaciones trascienden la mera percepción efímera, formando parte trascendental de las vivencias y cotidianidades de los sujetos que las componen.

### **Sentir la fuerza y el poder en las propias manos: relación de los pandilleros con las armas**

La utilización de armas es muy usual tanto en las pandillas de La Carpio como en las de Pavas. Más aún, podríamos decir que es parte de la cultura del ser pandillero, esto es, en la funcionalización u operación de la pandilla es “necesario” el uso de armas de fuego, porque es una forma, según los informantes, de ganar respeto:

Sí, claro que he utilizado armas, tengo una 45, una 9 y una AK-47. Ésas las conseguimos “trafiqueadas”. La primera vez que la usé, ni siquiera fue para una bronca de pandillas, sino para una bronquilla de barras así de “La Doce” y esa “vara”. Le mandé a un “maecillo”, pero no lo pegué, a un “mae”

de "La Ultra", pero desde ahí nadie se mete conmigo, ni en "La Doce", ni en "La Ultra", ni en "La Garra",<sup>73</sup> ni en ninguna. Ya, yo me di a conocer así, al suave, a lo descarado.<sup>74</sup>

Es deber del pandillero portar su propia arma. Parece que la utilización de "cuetes" tiene una función defensiva, más que para atacar. El arma es un objeto que sirve para salvaguardar la propia vida en esas lindes oscuras de las rivalidades entre pandillas. "Cuando es con las otras pandillas uno manda pero no sabe a quién se pega, ¿verdad? Pero tiene eso más que todo para proteger las varas de uno. La primera vez tuve miedo pero de ahí en fuera los tiros se vienen solos ahora".<sup>75</sup> "Es como un lujo que todos tengan armas, que todos vean las armas por aquello de que me quieras hacer algo".<sup>76</sup>

Es sugerente percatarse de la edad a la que pandilleros se inician en el uso de armas; la voz de los jóvenes de La Carpio es sugerente al respecto:

[¿Primera vez que utilizó un arma?]

A los siete años. Tenía mucho miedo. Estaba acompañado de todos los integrantes

[¿Los menores las utilizan?]

Sí. Uno de siete. Esos no andan armas, pero ya los de 12 a 13 años sí andan armas. Utilizamos armas 22, 25, 32, 38, y hasta un 45. Pero aquí lo que más se utiliza es una 9 milímetros y un 38.<sup>77</sup>

Cualquiera las utiliza, el que las pueda conseguir, al que le es más fácil su acceso [...] Eso es como gatear, no hay edad, cualquiera puede tenerla, siempre fue así [...] Más que todo es darse su respeto, darse un lugar en la pandilla [...] es lo mismo siempre [...] digamos, es como la escuela: en la escuela llegas, si estás nuevo entonces todo el mundo se queda viendo, "ahí está el nuevo, vamos a ver qué dice el nuevo, qué cosas trae el nuevo" entonces uno quiere darse su respeto.<sup>78</sup>

73 "La Doce", "La Ultra" y "La Garra" son barras del contexto futbolístico nacional. "Carlos" participa en "La Doce".

74 Entrevista con "Carlos", ex pandillero de Lomas del Río. 7 de noviembre de 2006.

75 *Idem.*

76 Entrevista con policía de Rincón Grande de Pavas. 31 de octubre de 2006.

77 Entrevista con "Luis", pandillero de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

78 Entrevista con "Juan", ex pandillero de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

Parte del proceso de inducción en la pandilla es el uso recurrente de armas. La comparación de “Juan” es sugerente: la pandilla es “como la escuela”: asimilación del mundo imposible con aquel mundo “permitido” socialmente, metáfora que narra pasajes de la exclusión institucional que viven estos jóvenes. Evidentemente, son dos modelos distintos (escuela institucionalizada y pandilla) en su forma; sin embargo, los dos instruyen, en los dos se aprende. En ambos se busca el reconocimiento grupal; según “Juan”, esta comparación no es azarosa pues, en muchos casos, la única escuela (socialidad) del pandillero es su pandilla.

Las consecuencias del constante uso de armas son evidentes: “A mi primillo lo balearon y le quitaron el arma, una 380, y ‘diay’, yo me imagino que los ‘manillos’ la venden, y al ‘mae’ al que se la robaron no se le hace nada, es que cada uno tiene sus ‘cuetes’. Por lo mismo yo tengo tres”.<sup>79</sup> “Hace como cuatro años un “chavalo” trata de violar a una joven hermana de un pandillero de otra pandilla, por lo que se da un enfrentamiento, pues toda la pandilla salió a “cazar” al joven para lincharlo. Hubo muchas balas perdidas y un policía muere por una de ellas”.<sup>80</sup>

79 Entrevista con “Carlos”, ex pandillero de Lomas del Río. 7 de noviembre de 2006.

80 Entrevista con policía de Rincón Grande de Pavas. 31 de octubre de 2006.

### La emergencia de lo barrial y la relación entre las pandillas y la policía

A estos grupos juveniles los unen factores como la pobreza y miseria extremas, la misma condición de clase, la exclusión, la discriminación social, la separación de contextos de integración y movilidad social como la escuela. Esto hace que, a pesar de la conflictividad entre pandillas, exista un lazo que, en momentos de crisis, los une:

Otra vez, era que iban a cerrar el relleno y fue que estos vagos se unieron todos, todas las barras, los de “La Primera”, “La Segunda”, “La Tercera” y “La Cuarta” contra la policía, para repeler a la Policía. Yo venía del trabajo y la policía tiraba gases lacrimógenos para repeler a todo el mundo, y

como todos veníamos y estaban las barras ahí, la policía tiraba los gases y no le importaba si habían civiles, pandillas o lo que fuera.<sup>81</sup>

81 Entrevista con vecina de La Carpio. 2 de noviembre de 2006.

La calificación de “vagos” designa parte de las maniobras sociales que propician la estereotipación y la exclusión de los jóvenes pertenecientes a pandillas. La sociedad, al observar sujetos que no calzan en su molde de ciudadano modelo, es decir, que asisten a la escuela, colegio, universidad o llegan a sus casas después de jornadas de trabajo, los descalifican despectivamente, esto no es un artificio creado por esta vecina de La Carpio sino que constituye una actitud articulada de una sociedad a la que no le gustan los márgenes, lo que está más allá de lo entendible.

Además de lo anterior, y tomando en consideración el testimonio de esta vecina, parece ser que al interior de esa conflictividad entre pandillas (“La Tercera”, “La Segunda”, “La Cueva del Sapo”, etc.), existen lapsus de paz, tiempos de concordia, momentos de pactos de no agresión que posibilitan la unión inverosímil de pandillas antagónicas. Esto se ve posibilitado por la interpelación al barrio, es decir, después de todo, todos, así sean de “La Tercera”, “La Segunda” o “La Cueva del Sapo”, pertenecen a La Carpio y, en el momento en que alguien, llámese policía o algún otro ente, decida invadir la “tranquilidad” o el “orden” del barrio, se abrirá la puerta a la conjunción interpandillera. Así, la identidad barrial parece estar por encima de la propia identidad de grupo.

Por otro lado, la represión policial parece ser clave (represión igual a exacerbación), también, para la conjunción entre pandillas, esto es, el control policial en ciertos momentos ha sido el que incita a la cohesión pandillera, pues los guardianes del orden ciudadano son los enemigos comunes a todas las pandillas,

[¿Quiénes son tus enemigos?] La policía. Nada más. Los miembros de otras pandillas también [...] pero los más enemigos son los “tombos”,<sup>82</sup> pero son lo más puerco que puede haber. Son más puercos que uno. Ellos lo agarran a uno y por la maldad lo dejan a uno en San Pedro y uno tiene

82 Policías.

83 Entrevista con “Carlos”,  
pandillero de Lomas del Río.  
24 de octubre de 2006.

que caminar, le quitan la plata y todo, lo han hecho varias veces, y hay que caminar, ¿qué queda? O llamo y que vayan por mí, nosotros tenemos varios carros.<sup>83</sup>

La policía se convierte en un “otro” significativo, además de las pandillas rivales, con los cuales se dan las mismas dinámicas de agresión e incitación que a nivel de colectivos juveniles. Más aún, los pandilleros descalifican a los policías empleando diferentes sinónimos despectivos en procura de dotar de significado peyorativo a la labor policial:

84 Entrevista con “Luis”,  
pandillero de La Carpio.  
2 de noviembre de 2006.

Ellos en veces se ponen pasamontañas y balean a los integrantes de “La Cueva”, tal vez uno no está haciendo nada y ellos vienen, lo agarran, se lo llevan, le meten a cuatro de “La Tercera” y patean a uno, la misma policía, la segunda cosa que hacen es que, si uno anda tranquilo, viene y le preguntan qué anda haciendo, lo revisan, le quitan las cadenas, le quitan todas las cosas que anda y se las dan a “La Tercera”, y la tercera cosa es que cuando uno está en los bailes, uno está tranquilo y un policía sube y va a llamar a los de “La Tercera” para que vengan a armar pleito.<sup>84</sup>

85 Entrevista con “José”,  
pandillero de La Carpio.  
24 de octubre de 2006.

Son unos “hijueputas” esos “maes” [la policía] porque se ponen con la otra gente y a veces nos tiran bombazos a nosotros, los propios policías nos balean.<sup>85</sup>

### Situación familiar y educativa de los jóvenes pandilleros

86 Entrevista con “José”,  
pandillero de La Carpio.  
24 de octubre de 2006.

Existe una idea pandillera que parece pesar, casi autoflagelar, la propia conciencia, la cual guarda relación directa entre la condición de pandillero y la figura materna: “los que sufrimos no somos nosotros, son las madres y es muy importante [...] porque si uno piensa en andar con una pandilla es porque le quiere hacer mal a la madre sinceramente pero es que como aquí no es ni bien ni mal”.<sup>86</sup>

Ésta es una visión similar a la esgrimida por el resto de la sociedad: la madre como figura sagrada que se encuentra por encima de todos los absolutos, a excepción de Dios. La madre como ser sacrificado en esta vida que lleva el hijo; el hijo, cual Caín, provocando un dolor indeseado a la madre, pero que igual es inevitable, “ahora soy pandillero”.

[¿Tu familia?] “Diay”, todo es normal, el único anormal soy yo y mi papá ¿verdad? Pero todo es normal. Digamos, mi papá no vive con nosotros, yo tengo un padrastro que lo quiero como un papá [...] Ahí como que el más descarriladillo soy yo [...] pero mi familia toda es normal, mis hermanos estudian, mi mamá trabaja, mi padrastro trabaja, de todo, hasta perro hay [...] Es importante vivir con mi familia porque ellos me harían falta si no estuvieran, son como el sustento para mí, para estar bien.<sup>87</sup>

87 Entrevista con “José”, pandillero de La Carpio. 24 de octubre de 2006.

La “anormalidad”, seña de exclusión social, de distanciamiento con lo formalmente instituido, alejamiento de los sacros “valores sociales”, auto-exclusión. El joven es víctima de una constante estigmatización que lo hace aceptar su papel de “malo”, vivirlo e incorporarlo a la realidad, a su realidad: el contorno, la gente a su alrededor, es lo “normal”, es lo apropiado; el “interior”, el yo, es lo “anormal”, símil de la desilusión y la vivencia truncada. Sin embargo, la familia para este joven, se presenta como un soporte para enfrentar el trajín de su historia.

La educación en estos muchachos representa también una meta imposible, la realidad inalcanzable, aquello que se añora como un sueño hermoso irrealizable: “Dejé el colegio hace como tres años. Llegué hasta séptimo [...] desearía volver a estudiar”.<sup>88</sup> “Estaba en sexto grado en Finca la Caja, pero por problemas con la otra pandilla me salí, la pandilla “La Tercera”. Yo desearía volver a la escuela en algún momento”.<sup>89</sup>

88 Entrevista con “Carlos”, pandillero de Lomas del Río. 24 de octubre de 2006.

89 *Idem*.

La escuela se convierte en misión imposible. Distintas razones inducen a los jóvenes pertenecientes a pandillas, a abandonar el sistema educativo: situación socioeconómica, rivalidad y conflictividad entre pandillas y, además, el imaginario de que las cosas en la pandilla son “fáciles”: “pero

90 Entrevista con “Carlos”, pandillero de Lomas del Río. 24 de octubre de 2006.

ahora entran chiquillos de escuela de 12, 13 años [...] esto se da ‘diay’, para no estudiar, como dicen ellos, creen que la luna es de queso, ellos creen que todo se hace fácil, pero no”.<sup>90</sup>

El mundo de las pandillas abordadas parece ser un contexto tentador para el joven: la posibilidad de conseguir drogas y dinero fácilmente se convierte en atractiva para muchachos que, para colmo de males, padecen, en muchos casos, situaciones familiares desalentadoras.

Por último, hay que pensar también en la cuota de responsabilidad que tiene el mismo sistema educativo (y la figura del Estado), es decir, finalmente, más que un problema de los jóvenes, es una mala planificación y estructuración de la educación nacional, la cual no toma en cuenta la diversidad de expresiones que se dan dentro de un aula, tomando como medida “garantizadora de formación” la exclusión del sistema de jóvenes considerados como problemáticos; esto estimula que la educación se dé en otro lugar: “Yo todo lo he aprendido en la calle. En la escuela sólo se aprenden cosas buenas, en la calle sólo cosas malas”.<sup>91</sup>

91 *Idem.*

## Conclusiones

En Costa Rica, la emergencia de agrupaciones con dinámicas ubicadas al margen de la legalidad, obedece a profundos procesos de exclusión, discriminación social, inequidad socioeconómica e incapacidad gubernativa del Estado para brindar bienestar social y económico a la población. Sin embargo, sin querer obviar ese inherente elemento contracultural, las pandillas surgen más como una posibilidad de identificación para los jóvenes huérfanos de esperanza, que como una respuesta a ese orden excluyente vertido desde el mismo Estado.

Según los casos estudiados, el ingreso a las pandillas se da a edades tempranas. Testimonios referidos en la investigación resumida en este texto, confirman el ingreso de niños de entre ocho y once años de edad, edades en las que también se inician en el uso de armas. Esto habla de la carencia de estrategias y políticas públicas para estos sectores de la socie-

dad, es decir, la carencia de oportunidades ocasiona que quienes ven en la pandilla una opción real y casi absoluta sean cada vez de menor edad. Desde el punto de vista conceptual, se puede decir que el fenómeno de la violencia en las pandillas juveniles trasciende la misma conformación asociativa, es decir, la violencia comporta situaciones estructurales que imposibilitan una lectura particularizada. Las pandillas juveniles, más que sujetos de violencia, son sujetos y objetos violentados. No es posible reducir la violencia a grupos o localidades sociales, esta “reflexión” más allá de la simpleza que denota, es peligrosa y contraproducente en vista de la estigmatización que ocasiona. Esto no quiere decir que la pandilla esté exenta de situaciones conflictivas o agresivas.

En este sentido, las pandillas estudiadas expresan lógicas desafiantes, territoriales y de supremacía, las cuales se materializan vía conflictividad con otros grupos de pandillas antagónicas o rivales. El precio por cruzar el territorio del otro es la agresión inexorable. Sin embargo, dentro de ese perfil conflictivo entre pandillas, existen lapsus de paz, tiempos de concordia, momentos de no agresión que posibilitan la unión inverosímil de pandillas adversarias. Esto se ve posibilitado por la interpelación al barrio (lo barrial), es decir, después de todo, todos, así sean de pandillas antagónicas pertenecen al mismo barrio y, en el momento en que alguien, llámese policía o algún otro ente, decida invadir la “tranquilidad” o el “orden” del barrio, se abrirá la puerta a la conjunción interpandillera. La identidad de barrio parece estar por encima de la propia identidad grupal.

De esta manera, la violencia es parte trascendental en la construcción del ser pandillero, es decir, la violencia es necesaria para la constante reproducción de la pandilla, el colectivo se nutre de las expresiones agresivas, son su motor. Acá deviene una nueva ética: la muerte se convierte en parte de la cultura del pandillero. Al existir armas, éstas hacen más cercana la posibilidad de resultados fatales durante y después de un episodio de violencia entre pandillas. La muerte ronda el diario vivir, “a cada quien le toca su hora”. La muerte como consagración hedónica de un pasaje épico. Las drogas, por su parte, han pasado a conformar parte importante en el



desarrollo de las pandillas: del consumo han pasado a la venta y tráfico de sustancias ilícitas. Uno de los lugares en Costa Rica donde se da la dinámica referida, es decir el consumo y venta de drogas por parte de pandillas, con mayor frecuencia, es Pavas.

La droga significa, para algunos jóvenes pertenecientes a pandillas, un medio para transportarse fuera de los límites de lo real. Ésta deben conseguirse a toda costa debido a la dependencia física que provoca. Entonces, el sentido de pandilla parece darse, además de por una cuestión de sociabilidad e identidad grupal, por la dependencia a sustancias ilícitas.

Por otro lado, el sentido de ser pandillero en Pavas es diferente al de La Carpio. En Pavas, el ser pandillero implica litigios territoriales propiciados por la venta y consumo de drogas; en La Carpio, aunque también se da el consumo de drogas en las pandillas, las rivalidades obedecen a una cuestión meramente territorial, provocada por diferencias étnicas entre nicaragüenses y costarricenses. Las pandillas en Pavas sufren un dinamismo particular que las aleja de una categorización étnica; sin embargo, experimentan una paulatina complejización, que las distancia de un modelo de pandilla *strictu sensu*.

Un elemento sugerente y común a los grupos de La Carpio y Pavas que fueron objeto de estudio, es su conformación eminentemente masculina. En este sentido, responden a roles masculinizados, es decir, lógicas de dominación y constatación de la hombría basadas en la condición no temerosa de sus integrantes y la utilización de la mujer como medio para lograr ese estado de masculinidad y control. Entre tanto, en esa interacción con el barrio, surge otra ética de la pandilla, la cual representa un elemento constante en las pandillas estudiadas: se les debe dar protección a los pobladores del barrio. Existe una dinámica confabulatoria, por un lado la pandilla se convierte en “amiga” del barrio entre tanto éste no cometa el “error” de atentar en contra de la seguridad del “negocio” pandillero, es una “amistad” condicionada expresada en una instrumentalización mutua.

Otro elemento interesante en la conformación y estructuración de las pandillas estudiadas es el hecho que, los integrantes, si bien pueden

abandonar la agrupación sin una obstaculización material por parte de la pandilla, es decir, sin que medien medidas coercitivas físicas por parte de los otros miembros, ven truncada la posibilidad de “salida” del grupo, porque los conflictos con otras pandillas, a pesar del desligue con el grupo al cual se pertenecía, siguen vigentes. Es decir, aunque el sujeto abandone la agrupación, los conflictos con pandillas antagónicas, surgidos antes de la decisión de separarse de la pandilla propia, permanecen. Esto implica para Rocha<sup>92</sup> la emergencia de “cárceles culturales”, esto es, una cárcel más allá de los barrotes objetivables de las instituciones penales. Para nosotros, la dinámica encierra una relación más simbólica, por lo cual sugerimos el término de “encarcelamiento cultural”.

92 Rocha, *op. cit.*

A raíz de todo lo expuesto precedentemente, podemos concluir que la pandilla deviene en forma de vida para los jóvenes que la integran. Estas agrupaciones trascienden la mera percepción efímera, formando parte trascendental de las vivencias y cotidianidades de los sujetos que las componen. Ante este panorama de la realidad pandillera, Costa Rica no debe de centrar su atención en la proliferación de medidas para aplacar la aparición de las pandillas, más bien debe de apostar por una política social que, por sí misma, permita que este tipo de actos no tengan cabida en una sociedad, cuya finalidad sea reducir brechas sociales y económicas.

Por otro lado, el imaginar y diseñar estrategias de acción política es una tarea permanente en los sectores populares, si se proponen generar transformaciones sociales. En ese proceso, la participación protagónica de los jóvenes y de sus agrupaciones es vital, no como futuras generaciones, sino como actuales ciudadanos que ejercen sus derechos y producen alternativas, es decir, que aportan en tiempo presente a la construcción de sociedades en las que participen todos.

Las estrategias que se definan a nivel político, no deben poseer la pretenciosa misión de definir verdades sino de señalar pistas, abrir posibilidades, indicar sospechas, trazar líneas de un bosquejo que ha de tomar cuerpo en el mismo transcurso. Estos criterios no proponen actuar tanto sobre las

manifestaciones de la violencia social y de la violencia en jóvenes sino, sobre todo, en los contextos generadores de esas violencias, es decir, se debe buscar la construcción de estrategias que potencien cambios profundos y sostenibles de la verdadera problemática, que tiene carácter estructural.

Estas estrategias deben de sustentarse en horizontes de esperanzas. Es decir, sus identidades en tanto construcciones en la historia, se fundan en apuestas y propuestas de transformación social y potenciamiento de sujetos, lo cual ha de ser visible, explícito y dinámico en el tiempo. Ese horizonte no es un punto de llegada sino más bien el estímulo para caminar, no es una meta sino los logros que permanentemente se van construyendo en los procesos cotidianos.

Además, la visión y perspectiva de esas intenciones políticas y sociales debe de posicionarse desde los jóvenes, desde la confianza en sus capacidades y potencialidades. Es decir, estas estrategias deben apostar al protagonismo de los jóvenes, de sus agrupaciones de diverso tipo, en los distintos espacios sociales, no sólo en aquellos conformados mayoritariamente por jóvenes sino también en aquellos donde se vinculan con otros grupos generacionales. Se busca entonces la cooperación y el diálogo, más allá de perspectivas adultocéntricas que imposibiliten dicho tránsito.

Las propuestas políticas y sociales, entonces, deben pensar en los diversos modos de agrupación juvenil como espacios privilegiados para la acción política. No se propone sacar los jóvenes de sus lugares cotidianos, ni salvarles ni sanarles ni menos organizarles, la propuesta es reconocer sus propias formas de organización, las cuales son, en muchos de los casos, autoproducidas y autoconvocadas. La idea es crear y construir esperanzas desde una visión que posibilite el diálogo entre los diferentes sectores sociales que conforman el panorama inherentemente diverso de nuestro país. En este sentido, conceptos como la inclusión, participación y discusión deben ser referentes instrumentalizados por políticas que se llamen democráticas.

Artículo recibido: 20 de septiembre de 2009  
Aceptado: 10 de octubre de 2010